

Dr. CARLOS VAZ FERREIRA (\*)  
(1ª Conferencia).

## POLITICA Y APOLITICOS

¿Se puede — esto es: ¿se debe? — ser “apolítico”? No: hay, en cuanto a esto, dos clases de hombres censurables: los apolíticos, y los que toman la política como medio material de vida.

Lo relativo a estos últimos, no ofrece ninguna complicación: todo hombre político debe arreglar su vida de tal modo que no dependa de la política: ni por el dinero ni por la vanidad. Poder desprenderse, por ejemplo, de cargos políticos, si la dignidad lo exige. Esto es muy simple.

En cambio la censura de los llamados “apolíticos” debe fundarse previas algunas reflexiones.

Voy a empezar por leer cierto apóstrofe de Alfonso Daudet contra la política:

“Oh política: yo te odio. Te odio porque eres grosera, injusta, rencorosa, vocinglera y charlatana; porque eres la enemiga del arte y del trabajo; porque sirves de marbete a todas las estupideces, a todas las ambiciones, a todas las perezas. Ciega y apasionada, tú separas unos de otros a honrados corazones hechos para estar unidos; ligas, al contrario, a seres completamente desemejantes. Eres el gran disolvente de las conciencias; acostumbras a la mentira, al subterfugio; y gracias a tí se ve a gentes honestas convertidas en amigos de los canallas, con tal que sean del mismo partido. Te odio, sobre todo, oh política, porque has llegado a matar en nuestros corazones la idea de patria; porque he visto a demócratas frotarse las manos al saber los desastres de Forbach y de Reichshoffen, y a imperialistas, después del cuatro de setiembre, no tratar de disimular su alegría a cada nueva derrota de Chauzy y de Trochu”.

Me costaría citar estas palabras de quien fué hombre tan bondadoso y superior como Alfonso Daudet, si ellas mismas no insinuaran precisamente — véase la patriótica y noble indignación, por ejemplo, de las últimas frases — que el que las escribió no habrá sido tan apolítico como él mismo creía... Además, como se ve, fueron motivadas por un mal momento de la política de aquel país. Pero, de todos modos, meditemos sobre esas palabras que he creído oportuno citar.

---

(\*) Damos cabida en esta publicación, a las disertaciones citadas por el Maestro de Conferencias en la memoria del ciclo de 1950 que figura en la página 9 de estos Anales.

En primer lugar, es indudable que, sin perjuicio de las exageraciones, algo de lo que ahí se condena *sucede*: más en unos países que en otros, más en ciertas épocas que en otras.

Sólo que, en primer lugar, el desinteresarse de la política, o el "odiarla", no es por cierto, lo más indicado para atenuar esos males...

Y, sobre todo, hay algo aún mucho más fundamental: y es que *nada de eso* (de eso que señala Daudet), *que nada de eso es inherente a la política, y, aunque en algún grado no puede ser evitado, puede serlo en un grado importante*. Repitamos: nada de eso es inherente a la política, por más que ella, sin duda, pueda, en ciertos casos, motivarlo o excitarlo. Ni es eso sólo lo que se manifiesta en la actuación y en las mismas luchas políticas, sino muy a menudo, también: actos de mutua consideración, de caballeresco reconocimiento de mérito en los adversarios, aun en países de política tan violenta como el de Daudet... y, digámoslo también, como el nuestro. (Hágase lo posible, sin embargo, porque esos homenajes no sean demasiado frecuentemente sólo póstumos...). Bien: según los países y según los momentos, la proporción de aquellos o de otros males de la política será mayor o menor; pero lo fundamental es lo que he dicho: que los males de la política no son inherentes a ella, ni inevitables, por lo menos en grado importante, y que los políticos de espíritu superior pueden combatirlos y aminorarlos, para lo cual, a ellos mismos, no les será completamente inútil la meditación de palabras como las que, a pesar de su exageración y parcial falsedad, creo que he hecho bien en citar para empezar a tratar el caso de los hombres que son denominados, y a veces se denominan a sí mismos, "apolíticos".

El apolítico es, en toda organización, democrática o no, condeñable, — dando a aquel término el sentido en que debe entendersele, esto es: el de un ciudadano que no siente, o no siente con bastante intensidad, las cuestiones políticas: las de orden general y las episódicas; o que se desinteresa de ellas.

*Sentir* siempre esas cuestiones; y actuar en ellas en el grado para cada uno posible, es deber moral de todo ciudadano.

Es claro que el grado y el modo son muy distintos, y, los casos, muy diferentes. En quienes ocupan puestos de gobierno, o de legislación, ha de ser actuación continua y directa; los simples ciudadanos, actuarán en su grado, sobre la base mínima del sufragio y de la emisión sincera de sus opiniones, interviniendo al menos así en las cuestiones políticas importantes, con mayor o menor influencia y eficacia según sus capacidades, pero sin desinteresarse nunca de aquéllas. (Naturalmente, exceptuamos a aquéllos que, por la índole de ciertos cargos, han de limitarse constitucionalmente al voto). Digamos, de paso, que los apolíticos pueden ser de diversos tipos: uno,

el más numeroso, lo es por falta de interés. Otro, se engendra por tendencia a la exageración de los males o a una visión deformada de ellos... (En los literatos suele darse este tipo: ya cité a uno; ahora me estoy acordando de otros: por ejemplo: del que hizo tan entretenido a un personaje de Fradique Méndez... ¿Los disculparemos...?). Pero hay más tipos: por ejemplo, el desilusionado, que cayó en ese estado porque acontecimientos, hombres o partidos no dieron todo lo que él esperaba, o porque presenció claudicaciones. Lo que le hizo sentir algo así como que todos son iguales, hombres o partidos. Y los que caen en ese pesimismo suelen ser muchas veces, por cierto, hombres de sentimientos nobles, superiores; pero el caso es que, por ese proceso, se convierten, diremos, en variedades esterilizadas del político...

---

Claro que, todo lo anterior, pudo simplificarse en pocas palabras, diciendo que política ha de ser tutela del interés público, y, por consiguiente, deber.

Pero no creo que sean inútiles reflexiones como las anteriores.

---

Ahora, se plantea aquí una cuestión muy delicada: para no ser un apolítico ¿es indispensable militar en partidos?

Eso depende de la índole de los partidos; de sus programas, cuando los tienen, y de la relación de los ideales personales con los que informan esos programas.

En primer lugar, hay países, o épocas de ciertos países, en que los partidos no tienen programas. Aunque el caso no sea muy frecuente, existe; tanto más cuanto que a veces los nombres que se dan esos partidos, aunque parezcan significar programas, no los significan en realidad.

En esas situaciones donde lleguen a darse, el deber no es complicado: es mejor actuar con independencia, por el voto, por la propaganda, apoyando, en cada momento político, al bando que presente en cada caso mejores planes o mejores hombres.

Un caso interesante es el de partidos que, conservando el mismo nombre, cambian de programas en el curso de la historia. Por ejemplo: en los Estados Unidos, los dos partidos, llamados Demócrata y Republicano — digo "llamados", porque, a atenerse a los nombres, la oposición no tendría sentido, y en aquel país todos los hombres normales son demócratas y republicanos — esos dos partidos, conservando sus nombres, han cambiado a través de la historia: al principio, uno era esclavista y el otro anti-esclavista: nos otros entonces, hubiéramos sido republicanos; desapareció aquello; corrió la historia, y hubo momentos de ella en que predominaron cuestiones económicas: por ejemplo: la del patrón de oro o el pa-

trón de plata: cada uno de nosotros hubiera estado con uno u otro partido, según sus ideas; pero después vino algo mucho más importante: temporariamente, uno de los partidos inició política agresiva, dentro de nuestro continente; y nosotros, que hubiéramos sido republicanos cuando éstos combatieron la esclavitud, hubiéramos estado contra ellos cuando fué de agresión su política... Y eso se corrigió más adelante... Y después, aquella nación, teniendo por *leader* a un representante del partido demócrata que fué uno de los más grandes hombres políticos de los tiempos modernos contribuyó a salvar el mundo. Y, hoy, es seguro, absolutamente seguro, que los dos partidos, sean cuales sean sus oposiciones de detalle, estarán bien unidos si llega a tratarse nuevamente de defender la democracia, la libertad y los derechos humanos.

Pero sólo por excepción he querido poner ese ejemplo concreto: volvamos a la cuestión tomada en general: y el caso más general es el de partidos con programas bien definidos.

Entonces, el caso es sencillo cuando un partido tiene, en su programa, un solo ideal, o un ideal principal o predominante. Agreguemos que ese ideal puede ser positivo o negativo: propugnar algo o combatir algo (por ejemplo una tiranía). Es el caso natural en que el ciudadano cuyo ideal coincide, debe alistarse en partido, y su actuación será así más útil y fecunda.

Pero hay otro caso que puede volverse más complicado: ocurre a veces cuando un partido tiene muchos ideales en su programa. Entonces, si un ciudadano tiene esos mismos ideales, o los más importantes, también ejercerá actuación más eficaz militando en el partido. Pero una situación difícil se producirá cuando, siendo importantes todos esos ideales, ocurra que un ciudadano simpatice con algunos de ellos y no con otros.

Supongamos (simplificando) que un partido tiene entre sus ideales, gobierno colegiado y super-proteccionismo ¿qué debe hacer un ciudadano que simpatice, por ejemplo, con el primero de esos ideales pero no con el segundo, o al contrario?: (puesto que no son conexos: se puede, por ejemplo, ser colegialista y no proteccionista, o vice versa).

Sin duda, mejor actuará en política un ciudadano que llegue a encontrarse en ese caso, si, sin necesidad de enrolarse, apoya con su voto y su propaganda cada uno de los ideales con que simpatiza, cada vez que uno de ellos se concrete en un proyecto o en un régimen, y combata, en idéntico caso a los otros.

Y aquí hemos llegado al punto en que hay que desvanecer una confusión posible: esos ciudadanos que, en casos justificados (hemos supuesto alguno) se ven obligados a actuar fuera de un partido, o de los que existan en su país, no deben de ningún modo ser, por eso, confundidos con los apolíticos. Su actuación política puede ser tan

fervorosa como la de los que militan en partidos constituídos. A veces más, por las ataduras y compromisos de que están libres.

Sí: en tal situación, muchos ciudadanos han podido defender con su voto o con su propaganda los ideales más altos para ellos; y han podido combatir, con la energía de los mejores, la conculcación de las libertades, los atentados políticos, las claudicaciones...

El que, más o menos excepcionalmente, algunos ciudadanos se encuentren obligados por su conciencia a no seguir en todos los casos a un partido determinado, puede resultar, ya lo hemos visto, de que los ideales programados no sean correlativos, no estén conexados.

Pero también ocurre que, en esa situación de actuar como ciudadanos ajenos a partidos deban encontrarse algunos, en ciertas circunstancias, por otras razones igualmente respetables: por ejemplo, porque, en algún caso dado su partido exageró las exigencias disciplinarias hasta el punto de forzar demasiado algún sentimiento respetable; o simplemente porque se crea que, en alguna circunstancia, el partido mismo claudicó en alguno de sus ideales...

Hay todavía más casos: por ejemplo, el del que militó en un partido que después llegó a disolverse o a perder su capacidad electoral. Seguirá, sin perder por eso su fidelidad, interesándose por la política, y apoyando con su voto y propaganda a los partidos que, en cada caso, presenten mejores ideales o mejores hombres. Tampoco ése, naturalmente, es un apolítico.

Tales situaciones, u otras parecidas, mantienen, en cada país, un número mayor o menor de esos ciudadanos independientes o independizados (permanente u ocasionalmente), que, repitámoslo, *de ningún modo hay que confundir con los apolíticos. Esto es esencial.*

Y con razón se ha hecho notar por buenos observadores que, con su voto, y con su propaganda también, esta clase de ciudadanos, en elecciones libres, suelen actuar con influencia decisiva.

No hay por qué poner ejemplos concretos. Y concluyamos por repetir lo que sentamos al principio:

Todo hombre debe sentir la política, y actuar en ella según sus capacidades (el sufragio es el mínimo). Ningún hombre debe depender de la política en su situación material o en satisfacciones de vanidad o de mando.